

*La institutriz
silenciosa*

La institutriz silenciosa

Título original: *The Silent Governess*

Copyright © 2009 by Julie Klassen
Originally published in English under the title:
The Silent Governess
by Bethany House Publishers,
a division of Baker Publishing Group,
Grand Rapids, Michigan, 49516, U.S.A.
All rights reserved

© de la traducción: Emilio Vadillo

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
28036 Madrid
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
[@librosdeseda](https://www.instagram.com/librosdeseda)
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Gemma Martínez Viura

Maquetación: Rasgo Audaz

Imagen de la cubierta: © Magdalena Russoka/Trevillion Images

Segunda edición: noviembre de 2023

ISBN: 978-84-19386-73-1

Depósito legal: M-28530-2023

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Julie Klassen

*La institutriz
silenciosa*



Libros de
seda

*Para Carlisa: como amiga, una joya,
y como lectora, siempre la primera.*


«La virtud del silencio es muy recomendable, y contribuirá mucho a su sosiego y prosperidad. La mejor muestra de sabiduría es hablar poco, pero escuchar mucho...».

SAMUEL Y SARAH ADAMS,
El buen sirviente, 1825.

«Recuerda quién te ha colocado en tu situación actual; puede que no tengas casa, puede que hayas sufrido algún revés de la fortuna: no importa. Es el Señor quien ha decidido que eso ocurra, así que recurre a Él para buscar consejo y protección».

Consejos a las institutrices, de una de ellas, 1856.

Prólogo

urante muchos años no pude recordar un solo día sin que la ardiente brasa del remordimiento me quemara por dentro. Intenté enterrar el recuerdo en las zonas más oscuras de mi mente, pero siempre había algo que me impelía a evocarlo: el letrero de una taberna, una columna de cifras, un caballero elegantemente vestido... Y cuando el recuerdo reaparecía, no podía evitar una mueca de dolor, aunque de inmediato se escabullera como un ladrón en la noche.

Aquel día empezó de maravilla. Mi madre, mi padre y yo, que por entonces tenía doce años, estábamos de visita en Chedworth, y pasábamos la tarde como una familia bien avenida, lo que no era muy habitual precisamente. Fuimos a muchos sitios interesantes, entre ellos, por supuesto, las ruinas romanas, donde mi madre se encontró con una antigua amiga. El lugar me gustó muchísimo, y recuerdo que me sentía muy feliz, casi como nunca hasta entonces. Además, mi madre y mi padre también parecían estar a gusto juntos.

Durante el viaje de vuelta, los estados de ánimo se enfriaron, pero lo atribuí al cansancio, y enseguida me quedé dormida en la calesa con la cabeza apoyada sobre el hombro de mi madre.

Cuando llegamos a casa yo seguía estando de un humor magnífico, tanto, que cuando mi padre anunció algo sombríamente que se iba a la taberna, llamada Crown & Crow, le dije que iría con él, aunque hacía muchos meses que ni me acercaba por el lugar.

—Tu verás —dijo entre dientes, y salió sin más comentarios. No pude ni imaginarme la razón de su súbito cambio de humor. Pero lo cierto es que siempre me pasaba igual.

Desde que era una niña de tres o cuatro años iba con él a la Crown & Crow. Me sentaba en el alto mostrador, y allí me ponía a contar hasta mil, o incluso más. ¿Cuántos niños de esa edad son capaces de jugar con números mayores de cien, o incluso de diez? A los seis años, para asombro y diversión de casi todos los parroquianos, hacía sin dificultades sumas de varias cifras. Papá decía dos o tres números y yo, como si tuviera delante una pizarra de vidrio, era capaz de ver la suma de cada columna y la total.

—¿Cuánto suman cuarenta y siete y cincuenta y cinco, Olivia?

—Ciento dos, padre —contestaba yo, pues el resultado se formaba en mi cabeza casi instantáneamente.

—Exacto: ciento dos. ¡Mira que es lista mi niña!

Conforme crecía, los cálculos se fueron haciendo progresivamente más difíciles, y empecé a preguntarme si los agotados viajeros y los viejos clientes habituales de la taberna serían capaces de saber si mis soluciones eran o no correctas. Pero estaba segura de que mi padre sí que lo sabía, ya que era casi tan hábil como yo con los números.

También me llevaba con él a los clubes de carreras, e incluso una vez fuimos al hipódromo de Bibury. Allí hacía apuestas por encargo de otras personas, gente desde Lower Coberly hasta Foxcote. Junto a él, con su libreta negra entre las manos, yo anotaba los pronósticos, las pérdidas y las ganancias, y mentalmente restaba los beneficios de mi padre antes de escribir los resultados. Pronto me atraparon la emoción de las carreras, los succulentos olores a comida y a sidra especiada, la multitud, las exclamaciones de triunfo o de decepción y el estrecho vínculo que se estableció entre mi padre y yo.

A mi madre nunca le gustó que padre me llevara a las carreras y a la taberna, pero yo siempre me ponía de parte de él y rechazaba sus protestas, pues buscaba ansiosamente la aprobación de mi padre. No obstante, cuando empecé a acudir a la escuela para jovencitas de la señorita Creswell, las salidas con él empezaron a ser menos asiduas.

Aquel día en Crown & Crow, con mis doce años ya era demasiado mayor para sentarme sobre el mostrador. Así que me coloqué junto a mi padre, en la rinconera de la chimenea, frente al enorme hogar, para beber un vaso de cerveza de jengibre mientras él trasegaba una pinta detrás de otra. Los parroquianos habituales, sin duda, se dieron cuenta de que estaba de un humor de perros y ni se acercaron a nosotros.

Y entonces llegaron ellos: un caballero bien vestido y su hijo, que llevaba un abrigo azul y un sombrero de paja con una banda, ambos típicos de los uniformes escolares de clase alta. Estaba claro que el hombre era un caballero, puede que incluso de la nobleza. En la taberna cesaron las conversaciones de inmediato, como signo silencioso de la evidente diferencia de clase con los recién llegados.

El muchacho, que debía ser uno o dos años mayor que yo, me lanzó una rápida mirada. Ambos fuimos conscientes de nuestras respectivas presencias, ya que éramos los únicos jóvenes que había en el establecimiento. Su mirada transmitía cierto desinterés y bastante autocontrol, o al menos eso intuí al ver su expresión.

El caballero saludó a los presentes de forma general y, con una actitud un tanto engreída, explicó que él y su hijo venían de visitar a cierto conocido de la nobleza e iban de regreso a Londres para dejar de nuevo al joven dentro de los nobles muros de la afamada escuela masculina de Harrow.

Mi padre, con las mejillas muy rojas y los ojos repentinamente brillantes, se dirigió al caballero.

—Conque un muchacho de Harrow, ¿eh? —espetó.

—Por supuesto que sí —respondió el caballero—. Igual que su padre.

—Y seguro que es un chico muy listo, claro —insistió mi padre.

—Naturalmente. —Fue su respuesta inmediata, aunque le surcó el rostro una casi inapreciable sombra de duda.

—Seguro que una niña pueblerina no podría ni soñar con superarle en nada, ¿no es cierto? —dijo mi padre, señalándome con la cabeza, y mi corazón empezó a acelerarse. El estómago se me encogió de pavor.

—Yo diría que no —dijo el caballero tras dirigirme una fugaz mirada.

—¿Se apostaría usted algo? —preguntó sonriendo.

No era la primera vez, ni mucho menos. A lo largo de los años, muchos de los parroquianos habituales habían cruzado modestas apuestas con padre acerca de mi capacidad para realizar cálculos difíciles. Y hasta los perdedores aplaudían al ver que lo lograba y nos invitaban a los dos a consumiciones.

—¿Apostar? ¿Sobre qué? —preguntó el caballero, torciendo el gesto.

—Pues a que la niña es mejor en cálculo mental que su hijo. Supongo que en Harrow les enseñan matemáticas, ¿no?

—Por supuesto, señor. Es la mejor escuela del país. Yo diría que del mundo.

—No lo pongo en duda. De todas maneras, esta niña es muy inteligente. ¿Estáis de acuerdo, amigos? —preguntó mi padre, buscando y logrando la aquiescencia de los presentes—. Va a la escuela de la señorita Cresswell.

—¿De la señorita Cresswell? —respondió el caballero con evidente sarcasmo, lo que me produjo estremecimientos en la espina dorsal—. Vaya, vaya, Herbert, creo que deberíamos rendirnos sin siquiera luchar.

Mi padre controló su malhumor. Hasta se permitió realizar un gesto de indiferencia.

—En realidad, solamente pretendía que pasáramos un rato agradable y divertido.

—¿Qué propone exactamente? —dijo el caballero, que retuvo el vaso antes de llevárselo a los labios.

—Pues nada fuera de lo normal: sumas, divisiones, multiplicaciones... Ganaría el que respondiera primero. El mejor de tres, por ejemplo.

En ese momento fue cuando me di cuenta: la estudiada indiferencia y confianza del muchacho se vinieron abajo de repente. Y fueron sustituidas por la palidez del miedo.

El caballero dirigió una rápida mirada a su hijo y terminó de beberse la cerveza.

—No creo que esa actividad resultara divertida, buen hombre. Además, debemos seguir nuestro camino. Nos espera un largo viaje —afirmó mientras dejaba el vaso y una guinea de oro en el mostrador.

—No se lo reprocho —dijo mi padre, que se levantó y dejó a su vez otra guinea en la barra—. Sería un mal trago que a su chico lo derrotara una muchacha, y encima pueblerina.

—Pa... padre —musité—. No.

—Bueno, Herbert, no podemos soportar esto, ¿no te parece? —afirmó el caballero con tono de enfado contenido, y tocó con el bastón el hombro de su hijo—. Por el honor de Harrow; y de la familia, naturalmente.

Al ver la mirada de auténtico terror que el muchacho le lanzó a su padre tuve claro la que se avecinaba. Adiviné el miedo a decepcionarlo, su necesidad de aprobación y el horror a ser derrotado en el concurso que se había propuesto. Estaba claro que no era muy bueno en matemáticas, y probablemente procurara ocultarle el hecho a su padre. Y, de repente, sus dificultades iban a salir a la luz de forma tan pública como mortificante.

—Excelente —dijo mi padre—. ¿Diez guineas para el ganador?

—¿Por cada cálculo? Me parece muy bien —respondió el caballero rápidamente, con la idea de aprovechar la situación—. Treinta guineas en total. Hasta yo soy bueno calculando, como puede ver.

Tragué saliva. Mi padre no tenía intención de apostar treinta guineas. De hecho, ni siquiera disponía de tanto dinero, y seguro que el caballero era muy consciente de ello.

—Muy bien —asintió mi padre sin apenas pestañear—. Empecemos con cálculos fáciles, ¿le parece? El primero que dé la respuesta correcta gana.

Enunció dos números de tres cifras, y el resultado de la suma se formó inmediatamente en mi cerebro y salió de mis labios antes de que pudiera siquiera pensar en impedirlo.

Miré a Herbert. Una gota de sudor le caía despacio desde el nacimiento del pelo y le surcaba la mejilla.

—Vamos, Herbert. Por esta vez no tienes que portarte como un caballero. Olvídate de eso de «las damas primero» en este caso, ¿de acuerdo?

Herbert asintió, y fijó la vista en los labios de mi padre, como si intentara lograr que los siguientes números fueran fáciles y pudiera controlarlos con la mirada.

Papá propuso una división no demasiado difícil, y de nuevo se me dibujó la respuesta en el aire de forma instantánea.

Y de nuevo el muchacho se quedó mudo.

«Vamos», lo animé en silencio. «Responde».

—Venga, Herbert —le urgió su padre con gesto tenso—. No tenemos toda la noche.

—¿Le importaría repetir los números, señor? —rogó Herbert débilmente, y sentí una punzada de pena en el corazón.

Noté la mirada crítica de mi padre, al tiempo que oía cómo, en voz muy baja, me ordenaba que contestara.

—¡Responde, niña!

—Seiscientos cuarenta y cuatro —dije con tono de disculpa y evitando las miradas de la concurrencia.

Por todos los rincones de la taberna sonaron murmullos de aprobación. Por su parte, el caballero se puso de pie, echando fuego por los ojos.

—Es imposible que la muchacha sea capaz de hacer esos cálculos mentales tan rápido por sí misma. Me doy cuenta de lo que está pasando. Hacen trampa, ¿verdad? Seguro que no somos los primeros viajeros incautos a los que toma el pelo con su monita amaestrada para responder a cálculos que han preparado de antemano.

Me encogí a la espera de que mi padre se pusiera de pie, blandiendo los puños, y golpeará al hombre como respuesta a su acusación. Él no podía soportar a los tramposos, y le había visto muchas veces estallar de rabia ante una carrera o un juego amañado. Por supuesto, siempre se quedaba con la parte acordada de las ganancias en las apuestas que hacía en nombre de otros, pero nunca tomaba un penique más de lo estipulado.

—Veamos cómo lo hace si soy yo el que propone el cálculo —exigió el caballero—. Y quien primero responda, gana todo el concurso y el dinero apostado.

¿Dejaría mi padre sin respuesta una insinuación tan insultante?

El posadero le puso una mano sobre el brazo, sin duda asustado por los posibles destrozos que podrían producirse en su establecimiento.

—¿Por qué no, hombre? —dijo en voz baja, aunque con cierta urgencia—. Deja que Olivia demuestre lo inteligente que es, como todos sabemos.

Mi padre dudaba.

—A no ser que tenga miedo —se mofó el caballero.

—No tengo ningún miedo.

Mi padre perforó con la mirada al petulante individuo, mientras que yo no podía apartar los ojos de su hijo. Llevaba escritos en su rostro la vergüenza y la humillación. Ya resultaba bastante sorprendente que una niña fuera inteligente. En todo caso, la situación solo podía considerarse una pequeña trampa de taberna, pese a que su planteamiento había sido claro y abierto. Pero otra cosa muy distinta era que se demostrara en público delante de un padre que tenía un hijo mentalmente lento y que una muchacha plebeya y del montón fuera capaz de derrotarlo y de dejarlo en ridículo sin la más mínima dificultad. No pude por menos que estremecerme al pensar en las ácidas reprimendas y el frío distanciamiento que el

muchacho sin duda sufriría durante el largo viaje de regreso que tenía por delante. Y quizá durante el resto de su vida.

El caballero miró hacia arriba mientras pensaba, y pasado un rato lanzó su pregunta. Sin duda, él conocía de antemano la respuesta. Podría tratarse de la superficie cultivable de sus posesiones multiplicada por el interés medio obtenido por cada acre el año anterior. O algo parecido a eso, incluyendo un cálculo porcentual. Como de costumbre, el resultado de las operaciones se fue conformando delante de mí, sobre el deprimente fondo de la cara pálida y los sombríos ojos verdes del muchacho. Pero, en esta ocasión, la cifra carecía de la nitidez habitual. Los números se comportaban como esos pececillos de plata que huyen de la luz a toda velocidad y se deslizan debajo de las puertas.

Los ojos del joven se iluminaron. Seguramente se acordó del resultado a base de pura memoria, sin tener que realizar los cálculos, pero tan pronto como pronunció el número en voz alta supe que era la solución correcta. El alivio, casi podría decir que auténtico alborozo, que reflejó su cara me mantuvo a flote durante un segundo. Y la sonrisa de su padre, acompañada de un reconfortante toque en el hombro de su hijo, hizo que me sintiera bien otro segundo más. Pero, de inmediato, me puso en mi sitio la mueca de decepción indescriptible de mi propio padre, y me di cuenta enseguida de las terribles consecuencias de lo que había hecho. Era demasiado tarde, estaba claro. Jamás volvería a llevarme con él. Jamás volvería a referirse a mí como «su niña lista», ni siquiera me llamaría por mi nombre: Olivia.

El caballero recogió la guinea que mi padre había puesto sobre la barra.

—No quiero más que una guinea, pero que esto le sirva de lección. Dejaré que el resto de lo que me debe sirva para cubrir las deudas contraídas con todos los demás incautos a los que ha engañado a lo largo de estos años.

Se volvió con gesto ostentoso, posó la mano enguantada sobre el hombro de su hijo y lo sacó a empujones de la taberna.

Observé su salida, demasiado alterada como para sentir alivio por el hecho de que solo le había ocasionado a mi padre la pérdida de una guinea. Y es que sabía que el coste era mucho más alto: habíamos perdido el respeto de todas las personas que había allí.

Poco a poco fui notando que todos bajaban los párpados y que, de forma inconsciente, se encogían como si quisieran alejarse de nosotros. Sin duda se habían convencido de que la acusación del viajero respecto a que mi habilidad con los números no era más que un burdo engaño y que lo había sido siempre. Todos los vítores, las invitaciones y las apuestas perdidas habían sido fruto de acciones deshonestas. Para ellos éramos unos desaprensivos que llevábamos años engañándolos. Yo llevaba años engañándolos.

Mi silencio lo confirmaba.

Capítulo 1

«No es bueno despertar a un sabueso dormido».

GEOFFREY CHAUCER

Doce años después, 1 de noviembre de 1815

Presa del pánico y del remordimiento, Olivia corría como si todos los demonios del infierno le pisaran los talones. Sentía el corazón a punto de salirse del pecho. Era como si le fuera la vida en la huida, y estaba segura de que de eso se trataba.

Cruzó el pueblo a toda velocidad, corrió por el campo, atravesó la valla del redil de las ovejas, se agarró las faldas y entró medio arrastrándose en el barrizal. El bulto del bolsillo de la capa se le clavaba en el hueso de la cadera. Haciendo caso omiso de la molestia, afianzó el equilibrio en el barro y empezó a correr otra vez como pudo y miró hacia atrás para asegurarse de que nadie la seguía. Un poco más adelante estaba el bosque de Chedworth.

En su mente resonaba el eco de muchos años de advertencias: «No te adentres en el bosque por la noche». En la zona había perros salvajes, y al parecer también servía de guarida a ladrones y cazadores furtivos, dueños de cuchillos bien afilados y de ojos aún más penetrantes, siempre al acecho de presas fáciles. Una mujer de veinticuatro años como Olivia no debía aventurarse en él bajo ningún concepto. Pero los gritos de su madre aún le sonaban en los oídos y ahogaban cualquier otra advertencia. El peligro que había detrás de ella era mucho más real que cualquier otro, en ese momento puramente hipotético.

Se internó en la espesura del bosque sin poder evitar sentir estremecimientos bajo la piel debidos tanto al miedo como al frío que ya se dejaba sentir en el anochecer otoñal. Las hojas crujían bajo las delgadas suelas de sus zapatos, y no podía evitar que las nudosas y retorcidas ramas de los árboles le golpearan todo el cuerpo. Dio varios traspiés debido a las raíces salientes y a los arbustos, y el ruido de cada rama tronchada le recordaba que podía tener cerca a algún perseguidor aunque no lo viera.

No dejó de correr hasta sentirse desfallecida. Tomó aliento con fuerza y bajó el ritmo. Siguió caminando durante lo que le pareció una hora o incluso más, aunque no llegó al otro lado del bosque. ¿Estaría caminando en círculos? La sola idea de tener que pasar la noche entre la espesa y oscura arboleda hizo que empezara a caminar otra vez más deprisa, casi a correr.

Tropezó con unas raíces rastreras y cayó de nuevo. Notó el sonido de la tela al rasgarse. Una rama le hizo un rasguño en la mejilla, que inmediatamente empezó a arderle. Durante un momento se mantuvo tumbada, sin levantarse, intentando recobrar el aliento.

El dolor de la caída y el estado de nervios en que se encontraba dieron paso a un incontrolable torrente de lágrimas, que finalmente dejó fluir. Intentó calmarse lo más deprisa posible y se sentó en un tronco sin dejar de sollozar.

«Dios bendito, ¿qué he hecho?»

Oyó el crujido de una rama y la llamada de un búho a su pareja. El miedo acalló inmediatamente los sollozos. El cabello le cosquilleaba el dorso del cuello, y abrió mucho los ojos para escudriñar a la escasa luz de la luna.

Una mirada se encontró con la suya.

A unos seis metros, un perro, oscuro y acechante, le mostraba los dientes. Presa del pánico, pero sin hacer ruido, Olivia miró a su alrededor, buscando algo con lo que defenderse. La espesura sufrió una sacudida y notó pisadas rápidas en el suelo. Vio pasar otros dos perros corriendo, uno de ellos con algo blanco y redondo sujeto entre las mandíbulas. ¿Sería la cabeza de una oveja?

El primer perro se dio media vuelta y siguió a los otros dos justo en el momento en que los dedos de Olivia agarraban con fuerza una estaca bastante recia. Por un momento deseó que fuera de nuevo el atizador de hierro. Con repugnancia, desterró el recuerdo que tanto le pesaba. Se quedó quieta y a la escucha durante unos segundos eternos. Al no notar nada, se levantó sin soltar la estaca y salió corriendo por el bosque, esperando que los perros no la persiguieran.

La luna estaba bien alta, muy por encima de las copas de los árboles, y Olivia lo vio. Era la luz de una hoguera. ¡Qué alivio! A los animales salvajes les asustaba el fuego; al menos eso decían, ¿verdad? Avanzó con cautela. No tenía la menor intención de unirse a quienesquiera que fuesen los que habían acampado allí: quizás una familia de gitanos o un grupo de caballeros en mitad de una partida de caza. Aun en el caso de que las habladurías sobre ladrones y cazadores furtivos no fueran más que tonterías, no iba a correr el riesgo de dejarse ver. Pero suspiraba por la seguridad que podía proporcionar una hoguera. Y también por su calor, ya que frente al viento de noviembre la capa y el vestido no suponían abrigo suficiente, ni

mucho menos. Si en el grupo hubiera otra mujer, Olivia quizá se atrevería a pedir cobijo. Procedió a acercarse un poco más, y finalmente llegó a un árbol y se escondió tras él para escuchar. Vio claramente la hoguera y cuatro figuras alrededor de ella descansando en posturas diversas. Le llegó nítido el sonido de una conversación masculina.

—¿Otra vez ardilla de cena esta noche, Garbie? —inquirió una voz indignada.

—Pues sí, a no ser que Croome venga con alguna pieza.

—¿A estas horas? No lo creo, maldita sea.

—Apostaría más bien a que está tirado en la Brown Dog, con la cabeza apoyada en los suaves almohadones de Molly.

—No, Croome no —dijo otra voz—. En mi vida he visto un patán más meapilas.

Hubo un estallido de risas.

Todos sus instintos, al unísono, impelían a Olivia a huir, incluso aunque se helara de frío allá donde fuera. No se trataba de una familia ni de una partida de caza formada por caballeros. Sintió una oleada de miedo por la espina dorsal, y de inmediato abandonó el árbol y echó a andar.

—¿Qué ha sido eso?

La voz de un hombre joven hizo que Olivia se parara en seco y detuviera su huida. Se quedó quieta como una estatua, procurando no volver a hacer el más mínimo ruido.

—¿Qué ha sido qué? Yo no he oído nada.

—Puede que sea Croome.

Olivia probó a dar un paso con enormes precauciones, y después otro. Notó una telaraña en la mejilla, se sorprendió, tropezó contra un tronco y cayó cuan larga era.

Antes de que lograra ponerse de pie, oyó a su alrededor ruido de pasos apresurados e inmediatamente la deslumbró la luz de una lámpara.

—¡Vaya, vaya! Mi hada de la suerte se merece un beso, y eso solo para empezar —oyó murmurar a un hombre joven.

Olivia logró ponerse de pie a duras penas y se estiró las faldas. Se apartó de la cara el cabello alborotado e intentó mantener la calma.

—La verdad es que Croome ha mejorado ni se sabe cuánto desde la última vez que lo vimos. Está mucho más guapo —dijo otro hombre joven.

Junto a ellos, un gigantón barbudo la miraba con el ceño fruncido y echando chispas por los ojos.

—¿Qué diantre hace aquí? —preguntó. Era la voz grave y aguardentosa que había oído antes.

—Na-nada, en realidad —respondió balbuceando. El miedo le helaba las venas—. Vi su hoguera y...

—O sea, que buscaba un poco de compañía, ¿eh? —La voz pretendidamente incitante y la mirada lasciva del individuo hicieron que se estremeciera hasta el tuétano—. Bueno, pues está en el mejor sitio para eso, ¿verdad, muchachos?

—¡Ya lo creo! —asintió otro.

El individuo más corpulento avanzó hacia ella, pero Olivia retrocedió de inmediato.

—No, me han malinterpretado —dijo—. Me he perdido. No quiero...

—Ya, pero nosotros sí que queremos. —Sus ojos le recordaron los del perro salvaje del bosque.

La estaca que había recogido estaba en el suelo, junto al tronco con el que había tropezado cuando se cayó. Se agachó para hacerse con ella, pero el hombre la sujetó por detrás.

—¿Adónde crees que vas? Me huele que, de momento, a ninguna parte.

Olivia gritó, pero se las arregló para asir la estaca al tiempo que el otro la obligaba a levantarse.

—¡Quíteme las manos de encima!

El hombre rio con ganas. Olivia se agitó entre sus brazos y blandió la estaca como si fuera una porra. Logró golpearlo más o menos en la sien. Él soltó un quejido y se llevó las manos a la herida.

Olivia intentó salir huyendo, pero dos de los hombres le sujetaron los brazos y las piernas tras arrebatarse la estaca y la acercaron al fuego.

—¿Estás bien, Borchter? —preguntó en voz alta el más joven del grupo.

—Me pondré bien pronto. Pero no puedo decir lo mismo de ella.

—¡Por favor! —suplicó Olivia a los dos hombres que la sujetaban—. Libérenme, se lo ruego. Soy una muchacha decente de Withington.

—Mi hermano vive cerca de allí —informó el más joven.

—Cierra el pico, Garbie —le ordenó Borchter de malos modos.

—Puede que conozca a su hermano —aprovechó ella a la desesperada—. ¿Cómo se lla...?

—¡Ni una palabra más! —Borchter se puso de pie, levantó la mano y empezó a avanzar hacia ellos, amenazante.

—¡Ya está bien, Borchter! —exclamó el joven Garbie—. Déjala en paz.

—¿Después del golpazo que me ha arreado, la muy salvaje? De eso nada. —Borchter la agarró con rudeza, sujetándole ambos brazos con uno de los suyos, enorme en comparación, la empujó contra un árbol y la hizo caer.

Ella intentó en vano darle un pisotón, pero sus ligeros zapatos no tenían nada que hacer contra las recias botas del gigante.

—¡No! ¡Que alguien me ayude, por favor!

Con uno de los brazos la sujetó por la mandíbula y le apretó las mejillas para evitar que siguiera gritando. Ella movió la cabeza hacia abajo y le mordió el pulgar lo más fuerte que pudo.

El hombre aulló de dolor, retiró la mano y cerró amenazadoramente el puño, listo para golpear.

Olivia cerró los ojos, preparándose para recibir el inevitable golpe.

De repente se oyó un sonido sibilante. Algo pasó rozando la oreja de su captor y se clavó en el árbol con fuerza. Abrió los ojos para ver lo que estaba ocurriendo, al tiempo que Borchet volvía la cabeza, asombrado. En el claro, junto a la hoguera, emergía la figura de un hombre, erguido sobre un tocón, sujetando un arco con otra flecha dispuesta.

—Déjala en paz, Phineas —ordenó el hombre enfadado.

—Métete en tus cosas, Croome —respondió Borchet levantando el puño.

Otra flecha surcó el aire y se clavó en el árbol junto a la primera.

—¡Croome! —Esta vez la voz de Borchet sonó algo asustada.

—Con la siguiente no voy a fallar —dijo secamente el hombre que respondía al nombre de Croome. Aunque se trataba de un individuo menudo y bastante mayor, su voz y sus palabras destilaban determinación y autoridad.

Borchet liberó a Olivia de un empujón con gesto bronco. Ella se golpeó la nuca contra el tronco del árbol, en el que todavía temblaban las dos flechas. Ni siquiera el dolor intenso que sintió en el cráneo evitó el inmenso alivio que la invadía. A la trémula luz de la hoguera volvió a observar al hombre que la había rescatado, que aún permanecía sobre el tocón, alerta y con el arco preparado. Tendría unos sesenta años, quizá más, era muy delgado y vestía sombrero y abrigo de cazador. Sobre los hombros le caía una media melena de pelo gris ceniciento, y de uno de ellos colgaba un zurrón. El arco parecía una especie de extensión natural de su brazo.

—Muchas gracias, señor.

El otro inclinó la cabeza levemente.

Olivia miró hacia abajo y, a la luz de la lámpara, distinguió la estaca con la que con tanta bravura se había defendido. Se agachó para recuperarla e inmediatamente se dio la vuelta para escapar.

—Espere. —La voz de Croome era recia, pero no amenazadora. Se bajó del tocón y ella lo esperó sin retroceder. Su altura, bastante elevada para un hombre de su edad, y una evidente cojera la sorprendieron—. Llévese las provisiones que traigo. Estos indeseables no se las merecen.

—Se lo agradezco, pero no. Lo que ha hecho es más que suficiente.

—¿Ni siquiera para compensar el susto que le han dado y lo que pretendían hacerle? —preguntó levantando una ceja.

Olivia se puso rígida y negó con la cabeza.

—No, señor —dijo con tranquila dignidad—. Me temo que no hay nada que pueda compensar tal cosa.

Así que no aceptó ni el pan ni las manzanas que le ofrecía, y echó a andar bastante erguida hacia las sombras del bosque.

—Qué tontería...

Su comentario y su risita despectiva no la dejaron indiferente. Y no tuvo claro si lo que decía se refería a ella o a él mismo.

Olivia avanzó lo más deprisa que pudo a la luz de la luna, que se filtraba entre las ramas, desnudas de hojas por el otoño. Se ayudaba de la estaca utilizándola como los ciegos usan sus bastones. Se mantuvo atenta por si la seguían, pero no oyó nada, salvo el ulular ocasional de un cárabo o los ruidos apresurados de alguna pequeña criatura del bosque escondiéndose o huyendo. Al poco tiempo, su temor se convirtió en cansancio y hambre.

«Quizá no debí mostrarme tan orgullosa», pensó mientras el estómago no paraba de molestarla con un dolor persistente.

Finalmente, incapaz de dar un paso más, se tumbó como un ovillo al lado de un árbol. Buscó en los bolsillos de la capa sus guantes, pero solo encontró uno. Con toda seguridad, el otro se le había caído en el bosque. Sintió de nuevo el duro bulto en el bolsillo, pero no se molestó en examinarlo debido a la falta de luz. Temblando, se apretó la capa y cubrió como pudo con varios puñados de hojas caídas y de pinocha los ligeros zapatos que llevaba para intentar que los pies permanecieran calientes. Las imágenes de los ojos aterrorizados de su madre y del cuerpo de un hombre caído de bruces en el suelo intentaron instalarse de nuevo en su mente, pero las desechó y se dejó llevar por el dulce olvido del sueño.